

Una manzana para el pintor y otros textos

Escribe: ELISA MUJICA

No pensaba yo, al recibir el bello libro de este título, acabado de editar por Colcultura, que me depararía no solo un placer sino la sorpresa de transitar por un paraje inédito. Ya se cuenta por décadas mi cercanía a la persona y a la obra del autor, con la lógica consecuencia del trasegar por su producción literaria, especialmente por los artículos que publica semanalmente como columnista de El Tiempo, incluídos en "Una manzana para el pintor y otros textos". Pero un trozo aislado no es lo mismo que una colección. La posibilidad de saltar de un tema a otro, de los graves a los frívolos, de los transitorios a los permanentes, suministra claves. Permite comparar, balancear, llegar a conclusiones. Así, textos ya conocidos anteriormente, pero ahora considerados en conjunto, me dieron lo mejor a que puede aspirar un lector: el asombro.

En primer lugar, por algo de lo cual confieso no haberme dado cuenta suficiente: una de las características de Eduardo Mendoza como escritor es la modestia. No seguramente por ignorar las cualidades de su instrumento expresivo, que por cierto maneja con virtuosismo y facilidad excepcionales, sino por su apertura a aceptar la existencia de criterios diferentes al suyo. Nos encontramos tan acosados por los dogmatismos que el tono menor, las simples insinuaciones en voz baja, afelpada todavía más por mulillas como "todos lo saben", "es bien conocido", "si no me equivoco", con que Eduardo suele salpicar sus escritos, refrescan. La comunicación se establece en esa forma sin obstáculos. Comunicación no significa, claro está, que uno se identifique. Inclusive es posible que lo último se logre más rápidamente con los engreí-

dos, quienes lanzan las afirmaciones rotundas. Pero la discreción del autor de "Una manzana para el pintor y otros textos", su deseo de no imponerse, nos permiten a los lectores sentirnos "à l'aise", como dicen los franceses. Y eso es mucho cuento.

Desde luego resultaría equivocado creer, por lo anterior, que se trata de un estilo campechano o demasiado sencillo. Es todo lo contrario: complejo, vario, aun paradójico. Hay artículos transparentes, desprevenidos, en los que Mendoza Varela se muestra dispuesto a entregar la totalidad de su pensamiento-recuerdo "Una aldea y un templo", "Zona de ángeles", "Coloquio personal con los animales", para nombrar únicamente tres títulos de una lista que abarcaría muchos más—. Pero otros —y también en buena cantidad— revelan un matiz reservado, distante, con sentido humorístico no declarado pero patente, con tendencia al sofisma. Quizá debido a esto, Eduardo logra a la vez la proeza de convencer, por su sutileza, a los iniciados, e igualmente al común, porque se pone a su alcance, a lo menos en apariencia.

Como buen poeta aunque se exprese en prosa, posee también el don de la síntesis. Sus breves definiciones condensan páginas enteras: "Lo contrario de la risa no es el llanto sino precisamente la sonrisa". "El principio del mal que engendra la belleza". "Lloro, luego existo". "Aquí está Colombia antes de Colombia". "La sonrisa será siempre solitaria". "El tiempo ha sido donado a los hombres para que puedan vivir en la esperanza". "Al tornar el espíritu a la naturaleza, Francisco (de Asís) no hizo otra cosa que restituirle su fuerza". Aquí pongo punto porque me tornaría interminable. Ya queda constancia de la voluntaria ligereza con que el autor busca disimular los conceptos profundos. Su costumbre de adjetivar, sin exceso ni ausencia, es otra prueba de eficacia. Hay que repetirlo aunque suene a imagen manida: la escritura de Mendoza Varela, dosificada, sensible, equilibrada, es como la andadura de un caballo sabiamente amaestrado, que da la sensación perfecta de lo natural y espontáneo.

Salta a la vista que la casi totalidad de los artículos que integran el volumen son reflexiones en torno a lecturas. Poco nace de experiencia directa. Pero, en cambio, qué ojo avizor para detectar las ondas proyectadas por libros concienzuda y golosamente saboreados. Como el escepticismo es la norma de quienes, como Eduardo, se formaron en la escuela racionalista, su actitud pre-

tende ser incisiva en materia de religión —sobre todo cuando se trata de la Iglesia—, pero en muchas ocasiones lo vence la ternura, como si en el fondo fuere un caso de amor contrariado. Con San Pablo mantiene un viejo pleito y no desaprovecha la oportu- nidad de echarle pullas. No obstante, es capaz de comentar fi- namente los diálogos de Jean Guilton con Pablo VI y de inclinarse con comprensión sobre la soledad del Papa.

No he leído mejor semblanza de Manuelita Sáenz que la incluida en este tomo, sin la menor pretensión por parte del au- tor a que se le conceda en las antologías el sitio merecido. Lo mismo ocurre con otros magníficos artículos históricos, o con los que enfocan a figuras de actualidad como Churchill, Allende, etc., sin contar los de crítica literaria y artística que constituyen verdaderas introducciones al conocimiento de Virginia Woolf —una de sus indeclinables admiraciones—, de Thomas Mann, de Miguel Angel. O con tantos y tantos artículos trabajados deliciosamente como “La moda, trascendencia de lo inestable”, o “Teatro: riesgo y ventura”, o “Hablemos del tango”, donde dice cuánto se nece- sita saber al respecto. Se entiende que hubiera elegido “Una man- zana para el pintor” a fin de bautizar el libro. Es una nota tan sen- sorial que trasmite un aroma de fruta al leerla.

Asimismo se incluye en la recopilación un ensayo mayor, evo- cador y muy personal: “Dimensión, tiempo y desagravio de una muerte”, del cual ya existe consenso sobre su calidad. En “Pará- bola de Ganimedes”, el único relato publicado hasta ahora por Eduardo y antiguo de fecha, se advierte la influencia del surrealismo de Jean Cocteau, y del esteticismo de André Gide, dos escri- tores imprescindibles por los alrededores de 1950.

El estudio sobre el arte colonial santafereño, con que se cie- rra el volumen, abarca el tema desde todos sus ángulos. La parte denominada “La búsqueda del tiempo perdido” (título sugestivo sobre lo que trataron de conseguir los Figueroas, Vásquez, Joaquín Gutiérrez y Acero de la Cruz) brinda un marco ambiental e histó- rico imprescindible. De ahí entresaco al azar, no tanto para aumen- tar las citas sino por prolongar el encanto: “La repetición del cua- dro amado se torna en reiteración propia”, “Un Murillo pintado por Vásquez”, “los hábitos imitados son las fuerzas más sutiles e irresistibles de todas”. Cuando una mirada original se posa en cual- quier campo, descubre causas y relaciones que a los demás se les niegan.

En concepto de muchos, Eduardo Mendoza Varela se inscribe hoy por hoy como nuestro máximo prosista. Yo diría que lo es no tanto por su elegancia, tacto, dominio de los recursos, buen gusto, sino porque, además de todo eso, se mueve en una inconfundible atmósfera poética.